

Mi biblioteca

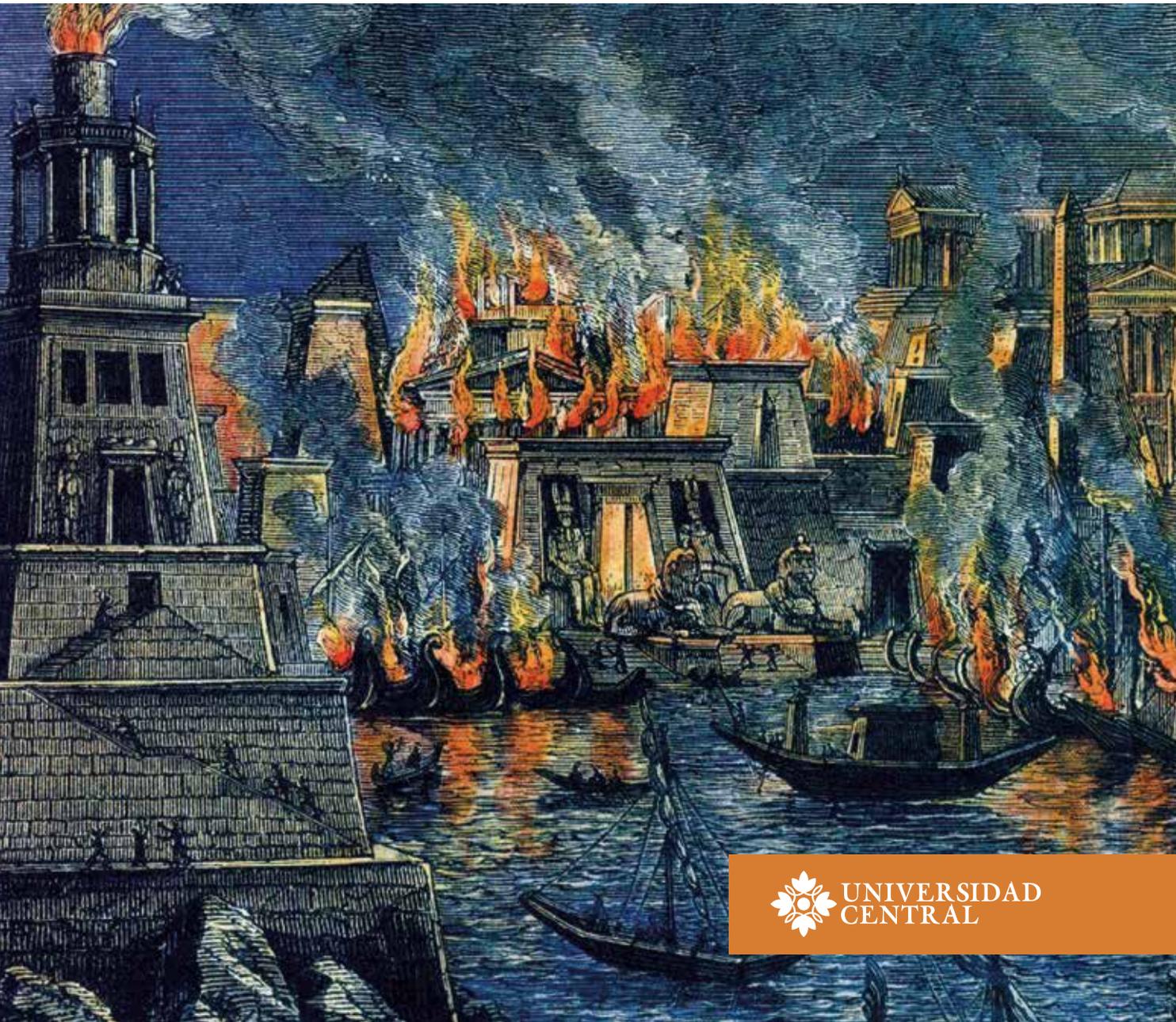
Juan Gustavo Cobo Borda

ISSN:2422-4707

CUADERNOS DE LA LECTIO

enero-junio · 2018

7



UNIVERSIDAD
CENTRAL



Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 10 de octubre de 1948) es un poeta, ensayista, crítico literario y diplomático colombiano.

Fotografía: Escritores.org.

Cuadernos de la Lectio, n.º 7 enero-junio · 2018

Mi biblioteca

Juan Gustavo Cobo Borda



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTE
Departamento de Creación Literaria



**Comité Editorial de la Facultad
de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte**

Nina Alejandra Cabra Ayala
César Báez Quintero
Manuel Roberto Escobar
Nancy Malaver Cruz
Claudia Carrión
Héctor Sanabria Rivera
Ruth Nélide Pinilla
Yairsiño Oviedo Correa

Rector
Rafael Santos Calderón

Vicerrector académico
Óscar Leonardo Herrera Sandoval

**Vicerrector administrativo
y financiero**
Nelson Gnecco Iglesias

Esta es una publicación semestral del Departamento de Creación Literaria
de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte.

Roberto Burgos Cantor
Director del Departamento de Creación Literaria
Adriana Rodríguez Peña
Coordinadora de Posgrados de Creación Literaria

ISSN: 2422-4707
Cuadernos de la Lectio, n.º 7
enero - junio · 2018

© Varios Autores
© Ediciones Universidad Central
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso). Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556

Preparación editorial

Coordinación Editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera
Coordinación editorial: Jorge Enrique Beltrán
Diseño y diagramación: Patricia Salinas Garzón
Selección y revisión de textos: Alejandra Flórez Bayona

Imagen de cubierta: Göll, H., 1876. *El incendio de la Biblioteca de Alejandría*. Grabado del libro *Die Weisen und Gelehrten des Alterthums*. Tomo II, Colección Archivo de Arte e Historia, p. 359.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA



CONTENIDO

Palabras liminares	5
El autor	9
Mi biblioteca	
Juan Gustavo Cobo Borda	11
Desempaco mi biblioteca. Un discurso sobre el coleccionismo	
Walter Benjamin.....	15
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha Capítulo VI (de la Primera Parte)	
Miguel de Cervantes Saavedra	25
Apéndice	
De la biblioteca como capricho (fragmentos en torno a los reinos de papel)	35
La biblioteca como escuela básica	
Rocío Londoño Botero	37
La biblioteca como el patio de la casa	
Fernando Molano	38
La biblioteca como laboratorio de ciencia	
Carl Sagan	39
La biblioteca como enemigo	
Umberto Eco	40

PALABRAS LIMINARES

Visitantes que habitan

LOS libros y la biblioteca son motivos a los cuales, los escritores, los artistas, los historiadores, entre otros, les dedican memorables intuiciones que han embellecido su misterio, su necesidad, y por siglos impulsan su indómita, renovada permanencia, sin someterse a las miserias del tiempo, a su orgulloso transcurrir.

Las miradas son libres y distintas, como corresponde. Los libros que leyó Don Quijote fueron causa de lo que llamaron su locura sin remedio. El cura fue uno de los médicos de letras que diagnóstico la ¿sin razón?

El texto, ambicioso, inacabable, de múltiples voces de la Biblia de los cristianos con su Cantar de los Cantares, y las bellas, convulsivas sentencias para estos días de oprobio del Eclesiastés, comienzan fundiendo al verbo con Dios. Entonces, divinidad que requiere de la palabra. Verbo que la encarna.

Aquel escritor, espía del cielo, cronista de Marte, escribió la novela *Fahrenheit 451*. El director de la *nouvelle vague*, François Truffaut, hizo la película. Muchos recordamos la secuencia final, el bosque bajo una nevada persistente y mujeres y hombres que deambulan abrigados con ripios. Caminan. Leen en voz alta: “Para el lacayo no puede haber hombres grandes, porque el lacayo tiene su propio concepto de la grandeza”. *Guerra y Paz* de Tolstoi. Otro, a la señora Bovary: “Con la muerte de una persona llega una especie de estupefacción, por lo difícil que es entender ese advenimiento de la nada y resignarse a creérselo”. “(...) Al final me hizo llorar porque una mujer es sensible a todo

y yo estaba furiosa conmigo misma por ceder (...). *Ulises*, de James Joyce. “Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche”. “Muchas veces, pensar duele”. Sí, don Marcel.

Ellos son la resistencia de la memoria en un mundo que decidió quemar los libros. Liberar al ser humano de catacumbas, del hilo vivo de empeños irrealizados, del encuentro con ilusiones que alientan la libertad y dejan ver que aquello que se propone como vida, cada vez, no es lo mejor, ni lo inevitable. En definitiva: que las mujeres y los hombres somos un anhelo constante, un deseo inconcluso, una insatisfacción por las medianías. Enfermos de absoluto.

Entonces, proscribir los libros porque conducen a la locura, quemarlos para preservar la salud de la especie, no es una práctica anacrónica ni de los sótanos de los tiempos. Esas hogueras que incineran el papel y nada pueden contra el pensamiento son prácticas que aún se celebran.

Además de las primeras leyes de los regímenes totalitarios, que aprendieron con apresurada imitación de aquellos ordenamientos de la fe para preservar las almas de las contaminaciones de la pecaminosa imaginación, en el hoy que nos corresponde, sujetos que encarnan ideologías de espontánea interpretación han levantado piras en los patios de universidades que, si bien son regentadas por órdenes religiosas, se ajustan a principios como libertad de expresión, de cultos. Allí celebraron quemas de libros, poesía, literatura, filosofía, bajo los gritos vehementes de obscenidad, corrupción, inmoralidad.

En definitiva, de lo que se trata es del miedo a la libertad.

Los haraganes del pensamiento prefieren construir con reglas inmodificables. Padecen espantos de persistir en la indagación de los misterios del mundo, de afrontar los espejismos de la realidad.

Una historia así, de heroísmos y malentendidos, es la fuente de aquello que enfrenta el escritor de libros quien aceptó la condena de leer y leer y leer.

2

Para el escritor de ficciones, para el alquimista del poema, la biblioteca, al inicio de las torturas de su incertidumbre, escribir, constituye una avasalladora ambición. Quiere leer todo. Hallar un resquicio de vacío o de olvido que pueda pertenecerle, para siempre.

Pronto, la desmesura se convierte en gratitud. Aprende que comienza a vagabundear por tradiciones diversas. Y de repente reconoce que en la biblio-

teca pródiga hay unos libros, unos autores con quienes empieza a conversar. Las duras preguntas del inicio, ¿de qué escribo hoy?, ¿cómo lo escribo?, ya no lo sitúan en la impotencia.

Entonces se sabe condenado a leer siempre, pero sabe también que poco a poco identifica su tribu, su familia.

Ahora, la biblioteca entre libros adquiridos, libros no devueltos y libros robados, mesuró su descomunal crecimiento de cría de conejos. En este instante comienza a agrupar a quienes serán una visita constante, no inoportuna, que al abrir cualquier página le ofrecerá una conversación fecunda. Vivificación mutua. El lector encuentra secretos, sentidos nuevos; el libro le ofrece un infinito cuya permanencia le hace guiños. ¿Desde cuándo estamos trazando este hoy?

El escritor siente que cuenta con una tradición que el mismo ha encontrado, con un país sin pasaportes ni aduanas, y de allí no será expulsado.

Así, sabrá además que sus novelas y sus cuentos solo él las escribirá. El refugio del poema solo a él corresponderá. El indeciso logro sobre el cual se seguirá preguntando de libro en libro, el fracaso espléndido, le pertenecerán por completo.

ROBERTO BURGOS CANTOR

EL AUTOR

Juan Gustavo Cobo Borda

Para la Universidad Central es un honor y un placer contar con el poeta y escritor Juan Gustavo Cobo Borda, en este acto final de los posgrados de 2017. Nos viene a hablar de la biblioteca, la lectura, la escritura y la relación entre ellas.

Para medir el acierto de nuestra invitación, bastaría acercarse a su biblioteca personal. Ya es una leyenda que al lado de su apartamento de vivienda en Chapinero Alto, el maestro Cobo acondicionó otro, completo, para guardar sus libros. ¿Dónde habita él en realidad? Creemos que en donde están sus libros, en su apartamento-biblioteca. El otro le sirve apenas para sobrevivir.

Aparte de ser lector modelo, Cobo Borda es un prolífico escritor. Su vasta obra sigue la recomendación de Carlos Fuentes a quienes quieren ser buenos escritores: “amar la lectura, porque escribir no empieza contigo”.

Si la escritura no empieza con uno, ¿cuál sería entonces el verdadero comienzo? El propio Cobo lo señaló en uno de sus textos, dedicado a *El olvidado arte de leer*. Cita a George Steiner, cuando recuerda que “en gran medida la mayoría de los libros trata de libros anteriores”.

Allá, en el pozo sin fondo de los libros anteriores de la humanidad, ha estado sumido toda la vida nuestro invitado de hoy. Subdirector de la Biblioteca Nacional, director de las revistas literarias *Eco* y *Gaceta*, asistente del director de Colcultura, asesor cultural de la Presidencia de la República, editor de los cuarenta títulos de la Biblioteca Familiar Colombiana, miembro de las acade-

mias de la Lengua de Colombia y España: estos son apenas unos hitos de su fecundo transcurso institucional.

Los libros escritos por Cobo Borda son legión. Al lado de su propia poesía, ha compuesto antologías de sus colegas colombianos e hispanoamericanos, lo mismo que la historia de la poesía colombiana. Ha escrito innumerables ensayos sobre poesía y crítica de arte y pintores.

MARÍA PAZ GUERRERO

MI BIBLIOTECA

Juan Gustavo Cobo Borda

La Biblioteca reúne el mundo, lo concentra y lo expande. Tres géneros han sido determinantes en la mía: poesía, novela, ensayo y también el cuento. Borges, Onetti, Rulfo, Julio Ramón Rybeiro.

Allí están los poetas colombianos, en ediciones de José Asunción Silva y el Tuerto López, León de Greiff, Eduardo Carranza y Álvaro Mutis. También los de Fernando Charry Lara y Jorge Gaitán Durán; muchos de ellos firmados por sus autores.

Toda la revista *Mito* ordenada en sus cuarenta y dos entregas y encuadrada en cuero azul. Un elegante homenaje a su todavía sorprendente trabajo. Igual que con ella, sucede cuando repaso la también completa y empastada colección de *ECO*, que encierra textos inusitados y traducciones de primer orden, de poetas como Rilke, Benn o Celán. Es decir, gracias a la biblioteca, viajo a Alemania donde la locura de Holderlin, cuidada por un molinero, permite ver la mente azul de los dioses griegos y perdernos en sus himnos.

Pero no solo eso. Uno de los centros magnéticos, que no han decaído en su fascinación, es el del surrealismo mismo y su estrella nocturna: André Breton. Hay un rayo ininterrumpido que se inició en la Primera Guerra Mundial, en Apollinaire y el aduanero Rousseau. Pero luego, viaja al azar, al tomar un tren hacia cualquier destino, con Paul Éluard, Luis Aragón, Robert Desnos y una trilogía que no puedo menos que señalar como un sueño de amor, deseo y libertad: *Nadja*, *El amor loco* y *Los vasos comunicantes*.

La Biblioteca se ha desbordado sobre la aventura y nos vemos obligados a seguir hasta el fin a esa desconocida con ojos de Nefertiti, mejillas afinadas por un viento de otra parte y un dominio absoluto sobre una voluntad que ya solo ansía ser sojuzgada por la fatalidad.

Collages de Max Ernst, poemas de Jean Arp, figuras de Giacometti, relatos embrujados de Leonora Carrington. Con ojos de nada, ella se torna alquimista de lo nunca visto. La Biblioteca es taller y laboratorio. La piedra filosofal trocada en pescaditos de oro. La Biblioteca es historia, pero a la vez es ficción. La fábula sin la cual no podríamos ir más allá de los hechos e insertarnos en el orden mítico de la perpetua reencarnación.

Por ello, el mito de El Dorado me desveló por lo menos un año hasta cuando le entregué a Michi Strausfeld *Fábulas y leyendas de El Dorado* que, publicado por Tusquets con prólogo de Arturo Uslar Pietri, me llevó de Colón a Voltaire, pasando por Gonzalo Fernández de Oviedo y Gonzalo Jiménez de Quesada; de la iguana de Oviedo al ya viejo Quesada, para internarse en los Llanos en pos del último espejismo. A este no le bastó fundar Bogotá: quería más. Como Colón al soñar con arenas de oro. Pero no solo caníbales y papagayos poblaron el imaginario europeo con sus caimanes, sus altas montañas y sus vastas planicies anegadas. También las cartas de Colón y de Vespucci, copiadas en abadías y monasterios, nos darían nombre y comenzarían a mostrar cuánto ha influido América en Europa, en un libro delicioso, como todos los suyos, en el que Arciniegas demuestra que los influjos no son solo de una vía.

“La mejor definición de patria es una biblioteca”, escribe Elias Canetti en *Auto de fe* (1935), la primera piedra en su camino al Nobel. Una novela sobre un sinólogo ilustre, Peter Kien, que se casa con su inculta ama de llaves para preservar, de algún modo, su biblioteca de veinticinco mil volúmenes. Sin embargo, este termina asesinando a su mujer y “se prendería fuego con sus libros y ardería con su biblioteca en el incendio que provocase”. Exacta parábola de cómo la cultura desemboca en la locura y cómo esa Torre de Babel, surcada de citas de los pensadores chinos más ilustres, se derrumba en la cabeza de ese hombre-libro, que todos los días sale a pasear con una maleta llena de libros. A la fascinación, sigue el desencanto. Los libros gritan de dolor y solo el fuego redimirá la inutilidad envejecida de tantos recortes amarillos de periódicos. Lo superfluo de la actualidad.

Alberto Manguel, en su libro *Diario de lecturas* (2004), relee a Adolfo Bioy Casares y *La invención de Morel* y anota: “En la villa de Morel, a la que su dueño llama ‘museo’, la biblioteca contiene (con una excepción) solo obras literarias: novelas, poesía, teatro. Nada ‘real’”.

De ahí que resulten tan intrigantes algunas bibliotecas de libros imaginarios como esta:

—Una biblioteca de libros nunca escritos, como en el caso de *Obras menores* de Sherlock Holmes, “una curiosa obrita sobre la influencia de los oficios sobre la forma de la mano, con litografías de las manos de pizarreros, marinos, corcheros, compositores, tejedores y talladores de diamantes, su monografía sobre el reconocimiento de las pisadas y el celebrado *Sobre la diferenciación entre las cenizas de distintos tabacos*, ilustrado con láminas de colores”.

—Una biblioteca de libros auténticos leídos por personajes imaginarios. Holmes lee clásicos alemanes y, con el fin de impulsar la idea romántica de la pequeñez del hombre en el universo, remite a Watson a Jean Paul.

Todavía algo más sorprendente: Watson replica que lo ha leído. “Lo descubrí gracias a Carlyle” (lo que provoca el comentario de Holmes: “Eso es como remontar el río hasta su nacimiento”).

La Biblioteca se torna caja de ecos y resonancia. Carlos Fuentes nos remite a Octavio Paz. *El laberinto de la soledad* y *Piedra de sol*. José Lezama Lima nos llevará a mirar de nuevo a Góngora y a descubrir a Julián del Casal. Julio Cortázar, como lo había hecho Borges, nos traerá los hondos silencios de Macedonio Fernández, muerto de frío, con chalina y desgranando su guitarra.

El concierto de todas las voces integra el gran coro colectivo que nos remonta a García Márquez, Alejo Carpentier o la jungla que pintó Wifredo Lam. Así vamos tejiendo referencias e ilustrando enigmas. Luces de navegación para ver las variaciones infinitas de las 23 letras: “La biblioteca de Babel”.

“El universo (que otros llaman la biblioteca)”. Así comienza, en la fatigada voz de un bibliotecario, viejo y ciego la fábula que resume todo al respecto: “Quizás me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana —la única— está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta”. Esto lo escribió Borges en Mar del Plata en 1941 y cada día que pasa es más luminoso, certero e irrevocable. Los ciegos ven mejor y leen en los sueños con suma perspicacia.

Los primeros libros de mi biblioteca fueron los libros amarillos de la Editorial Tor de Buenos Aires con la saga de *Sandokan por los mares de Oriente*, con los rajas indios y el Krissmalayo blandido en el aire al grito de “¡abordaje!”. Bergantines y piratas, culebrinas y las banderas con tibias cruzadas mientras se roban flexibles princesas.

A Salgari seguirían muchos otros: el capitán Nemo y Phileas Fog, que recorrían el mundo en ochenta días, mientras en su club inglés crecían las apuestas y el suspenso se intensificaba con los cambios de horario y los bandos enfrentados.

Asimismo, la historia surgía con los ropajes de la ficción. Sin bibliografía, Stefan Zweig nos narraba vidas fascinantes: Erasmo de Rotterdam y Fouché, el ministro de policía de todos los regímenes en Francia, desde la guillotina que decapitó a los Borbones hasta el retorno de los mismos, después de la caída de Napoleón. La traición como signo distintivo de la política. Esto se aprende en las bibliotecas.

Pero hay más.

En ellas también subsisten los escritos del secretario florentino que, como Montaigne, se despoja de sus trajes de diario y con vestiduras más elegantes dedica muchas horas de la noche, a la luz de los candiles, a hablar con las efigies tutelares: Homero, Tucídides, Plutarco, Ovidio. Entonces, Maquiavelo iluminará los sucesos del hoy con las antorchas de viejos combates. La Biblioteca anula el tiempo y nos permite concretar los fantasmas; así, la primera década de Tito Livio resucitó bajo la pluma de Maquiavelo.

Finalmente, cabe elogiar el deslumbrante libro de la fotógrafa Cándida Hoffer, *Libraries* (2005), que con prólogo de Umberto Eco nos muestra bibliotecas de Roma y Venecia, de Praga y Weimar, la biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander España y, aunque no está fotografiada, la casa biblioteca de Alfonso Reyes en México.

DESEMPACO MI BIBLIOTECA. Un discurso sobre el coleccionismo¹

Walter Benjamin

Desempaco mi biblioteca. Sí. No están aún en los estantes, no han sido tocados aún por el moderado tedio del orden. No puedo pasar revista por sus filas de arriba a abajo ante la presencia de alguna audiencia amigable. No deben temer nada de eso. En cambio, debo pedirles que me acompañen entre el desorden de las cajas recién abiertas, el aire saturado de aserrín, el suelo cubierto de papel roto; acompañenme entre las pilas de volúmenes que ven de nuevo la luz después de dos años de tinieblas, para que principiemos por compartir parte del clima de tensión (en absoluto no elegíaco) que despiertan estos libros en el coleccionista genuino. Ya que este es quien les habla ahora, y en un examen más riguroso se mostrará hablando solo sobre sí mismo. ¿No será acaso presuntuoso de mi parte, si, con el propósito de parecer convincentemente objetivo y práctico, enumerara para ustedes las principales secciones o las piezas-trofeo de mi biblioteca, si les presentara su historia o incluso su

1 Título original: "Ich packe meine Bibliothek aus. Eine Rede über das Sammeln". Traducción y notas por A. Martín López Saldaña.

utilidad para algún escritor potencial? Yo, por mi parte, tengo en mente algo mucho menos oscuro, algo más palpable que eso; lo que me preocupa realmente es darles alguna idea sobre la relación entre el coleccionista de libros y sus posesiones, sobre el coleccionar más que sobre la colección. Es totalmente arbitrario que para ello me refiera a las variadas formas de adquirir libros. Este o cualquier otro procedimiento funciona solamente como un dique en contra del torrente de recuerdos que surge ante cualquier coleccionista al contemplar sus posesiones. Toda pasión limita con lo caótico, pero la pasión del coleccionista limita con el caos de los recuerdos. Más que eso: la oportunidad, el destino, que antepone el pasado ante mis ojos están visiblemente presentes en la confusión cotidiana de estos libros. Pues, ¿qué otra cosa es esta colección sino un desorden al cual el hábito mismo ha acomodado hasta el punto de hacerlo parecer como orden?

Ya todos habrán oído sobre personas a las que la pérdida de sus libros los ha convertido en desvalidos, o sobre aquellos que para adquirirlos se han vuelto criminales. Precisamente estas son las áreas en las que cualquier orden no es más que un acto de equilibrio al filo del abismo. Anatole France² dijo: “El único conocimiento exacto que hay es el conocimiento sobre la fecha de publicación y el formato de los libros”. Y claro, si existe una contraparte a la confusión de una biblioteca, ella está en el orden de su catálogo.

Por lo tanto, en la vida del coleccionista hay una tensión dialéctica entre los polos del orden y el desorden.

Naturalmente, su existencia está también ligada a muchas otras cosas: una extraña relación de pertenencia (algo acerca de lo cual trataremos más adelante); asimismo, una relación con los objetos que no enfatiza su valor funcional, utilitario —esto es, su utilidad—, sino que los estudia y los ama como la escena, como el escenario de su destino. La fascinación más intensa para el coleccionista está en encerrar los objetos individuales en un círculo mágico en el cual quedan congelados una vez que la última emoción, la emoción de su adquisición, pasa sobre ellos. Cada cosa recordada y pensada, todo lo consciente, se convierte en el pedestal, en el marco, la base, el candado de sus propiedades. El periodo, la región, la manufactura, los dueños anteriores; para un verdadero coleccionista todo el trasfondo de un objeto se agrega en una enciclopedia mágica cuya quintaesencia es el destino de sus objetos. En este contexto, entonces, es que se puede entender cómo los grandes fisionomistas —y los coleccionistas son fisionomistas del mundo de los objetos— se hicieron grandes intérpretes del destino. Solo basta con observar a un coleccionista manipular los objetos en su gabinete. Al sostenerlos en sus manos, parece estar

2 Anatole France fue el seudónimo del escritor francés Anatole François Thibault (1844-1924).

viendo a través de ellos su pasado distante como si estuviera inspirado. Suficiente del lado mágico del coleccionista —de lo que podría decirse su imagen de la vejez. *Habent sua fata libelli*³: estas palabras pueden haber sugerido una declaración general acerca de todos los libros. Así, libros como *La divina comedia*, *La ética de Spinoza*, y *El origen de las especies* han tenido sus destinos. Un coleccionista, sin embargo, interpreta el refrán latino de forma diferente. Para él, no solo los libros sino los ejemplares de los libros tienen sus destinos. Y en este sentido el destino más importante de un ejemplar es su encuentro con ella, con su propia colección. No exagero al decir que para el verdadero coleccionista la adquisición de un libro viejo es el renacimiento de ese objeto. Este es el elemento infantil, que en el coleccionista se mezcla con el elemento de la vejez. Porque los niños pueden lograr la renovación de la existencia de una cosa de un ciento de modos infalibles. Entre los niños, coleccionar es solo uno de los procesos de renovación; otros procesos incluyen pintar los objetos, recortar sus figuras, la aplicación de calcomanías; todo el rango de formas infantiles de adquisición, desde tocar las cosas hasta darles nombres. Renovar el viejo mundo: este es el deseo más profundo del coleccionista cuando se ve impulsado a adquirir nuevas cosas, y ese es el porqué de que un coleccionista de libros viejos esté más cerca de lo esencial del coleccionar que el coleccionista de ediciones de lujo. ¿Cómo los libros pasan la barrera de una colección y se hacen propiedad de un coleccionista? La historia de su adquisición es el objeto de las siguientes reflexiones.

De todos los modos de adquirir libros, escribirlos uno mismo es considerado el método más digno de alabanza. En este punto muchos de ustedes recordarán con placer la inmensa biblioteca que Wuz, el pobre maestro de escuela de Jean Paul⁴, adquirió gradualmente al escribir, él mismo, todos los trabajos cuyos títulos en catálogos de ferias de libros le resultaran interesantes; después de todo, él no tenía los medios para comprarlos. Los escritores son realmente personas que escriben libros no porque sean pobres, sino porque están insatisfechos con los libros que pueden comprar pero que no les gustan. Ustedes, damas y caballeros, podrían considerar esta como una definición caprichosa de un escritor. Pero es que todo lo dicho desde el punto de vista del coleccionista verdadero resulta caprichoso. De los modos comunes de adquirir libros, el más apropiado para el coleccionista sería el de pedir un libro en préstamo sin que este tenga su correspondiente devolución. El auténtico prestatario de categoría, que consideramos aquí, demuestra ser un coleccionista empedernido no tanto por el fervor con el que guarda sus tesoros prestados,

3 *Habent sua fata libelli* [los libros tienen su destino]: parte de un verso de la obra *De litteris and De syllabis*, de metris compuesta por el gramático latino de origen africano Terenciano Mauro.

4 Jean Paul fue el nombre que adoptó el escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), autor de la novela corta *Leben des vergnügten Schulmeisterlein Maria Wutz in Auenthal* [*Vida del alegre maestro Maria Wutz en Auenthal*], a cuyo protagonista alude Benjamin.

ni por los oídos sordos que opone a cualquier recordatorio de la legalidad proveniente desde el mundo cotidiano, sino porque no lee estos libros. Si mi experiencia ha de servir como evidencia, un hombre está más dispuesto a devolver un libro prestado, que a leerlo. Ustedes objetarán: ¿Y la no-lectura de libros debe ser característica de los coleccionistas? Podrían decir que para ustedes estas son novedades. No lo son en absoluto. Los expertos me apoyarán cuando digo que es la cosa más vieja del mundo. Sea suficiente aquí con citar la respuesta que Anatole France tenía preparada para las personas vulgares que admirando su biblioteca terminaban con la pregunta de rigor:

—¿Y usted ha leído todos estos libros, señor France?

—Ni la décima parte. ¿Supongo que usted no usa su vajilla Sèvres todos los días?⁵

Por cierto, he puesto a prueba el derecho a tal actitud haciendo lo contrario. Durante años, por lo menos durante el primer tercio de su existencia, mi biblioteca consistió en no más de dos o tres repisas que crecían tan solo unas pulgadas cada año. Esta fue su época militante, en la que ningún libro era incluido sin la certificación de haber sido leído. De esa manera yo nunca hubiera adquirido una biblioteca lo suficientemente extensa para ser digna de ese nombre, de no haber sido por la inflación. De repente las prioridades cambiaron; los libros adquirieron valor real, o en todo caso, se hicieron difíciles de conseguir. Al menos así parecía ser en Suiza. A última hora envié mis primeros grandes pedidos de libros desde allí y de esta forma me fue posible conseguir ítems irremplazables como *Blauen Reiter*⁶ y *Sage von Tanaquil* de Bachofen⁷, que podían aún en ese tiempo obtenerse directamente de los editores. Ahora bien —podrían decir ustedes— después de explorar todos estos caminos deberíamos alcanzar finalmente la gran carretera de la adquisición de libros, es decir, la compra de libros. Esta es sin duda una vía muy amplia, pero nada cómoda. La compra realizada por un coleccionista de libros tiene muy poco que ver con la compra de libros que hace el estudiante de sus textos en una librería, con la compra del hombre de mundo que busca un regalo para su mujer, o la del hombre de negocios que busca alguna lectura para matar el tiempo de su próxima travesía en tren. Yo he realizado mis más memorables

5 Al parecer, en este pasaje Benjamin realizó una adaptación libre del siguiente texto: “[a los bibliófilos] creemos confundirlos diciéndoles que no leen sus libros. Mas uno de ellos ha respondido sin dubitación: ¿Y vosotros coméis en los antiguos platos que coleccionáis?” (*El jardín de Epicuro*. Buenos Aires: Biblioteca Las Grandes Obras. Sin año de edición. p. 57).

6 *Der Blaue Reiter* [El jinete azul]: Almanaque publicado en 1912 por el colectivo de artistas del mismo nombre, fundado en 1911 por los expresionistas Wassily Kandinsky y Franz Marc en la ciudad de Múnich. Contiene las reproducciones de más de 140 obras de arte, además de catorce ensayos y artículos.

7 “Sage von Tanaquil” [La leyenda de Tanaquil]: Ensayo del suizo Johann Jakob Bachofen (1815-1887).

compras en viajes, estando de paso. La propiedad y las posesiones pertenecen a la esfera de lo táctico. Los coleccionistas son personas con un instinto táctico; su experiencia les ha enseñado que cuando toman una ciudad desconocida, la más pequeña tienda de antigüedades puede servir de fortaleza, la más remota librería puede ser una posición clave. ¡Cuántas ciudades se han abierto ante mí durante las expediciones por la conquista de algún libro!

Ciertamente solo una parte de las compras más importantes se llevan a cabo durante la visita a un comercio de libros. Los catálogos juegan un papel fundamental. Y aun cuando el comprador puede estar ampliamente familiarizado con algún libro que se pueda pedir por catálogo, el ejemplar individual siempre sigue siendo una sorpresa y su pedido una apuesta. Hay dolorosos desengaños, pero también hallazgos felices. Recuerdo, por ejemplo, que alguna vez pedí un libro con ilustraciones coloreadas a mano para mi vieja colección de libros para niños solo porque incluía cuentos de hadas de Albert Ludwig Grimm⁸ y fuera publicado en Grimma, Turingia. Grimma era también el lugar de publicación de un libro de fábulas editado por el mismo Albert Ludwig Grimm. Con sus dieciséis ilustraciones, mi ejemplar de este libro de fábulas era el único ejemplo extenso del trabajo temprano del gran ilustrador alemán Lyser⁹, quien vivió en Hamburgo a mediados del siglo pasado. Pues bien, mi intuición ante la consonancia de nombres fue correcta. En el ejemplar pedido, titulado *Linas Märchenbuch*¹⁰ también descubrí la obra de Lyser, un trabajo que ha permanecido desconocido para los bibliógrafos y que merece una referencia más detallada que la primera que introduzco aquí.

La adquisición de libros no es de ninguna manera una cuestión solamente de dinero o de conocimiento experto. Ni siquiera ambos factores en conjunto pueden ser suficientes para establecer una verdadera biblioteca; esta siempre será en cierta medida impenetrable y al mismo tiempo típicamente única. Cualquiera que compre por catálogo debe tener talento además de las cualidades que ya he mencionado. Fechas, nombres de lugares, formatos, dueños anteriores, encuadernaciones, y cosas por el estilo: todos estos detalles deben decirle algo, no como hechos aislados, a secas, sino como un todo armonioso; dependiendo de la calidad e intensidad de esta armonía el coleccionista debe ser capaz de reconocer sin un libro es para él o no. Una subasta requiere un conjunto distinto de cualidades en el coleccionista. Para el lector de un catá-

8 Albert Ludwig Grimm (1786-1872), escritor, profesor y político alemán. Autor de varios libros de literatura infantil y juvenil. Aunque contemporáneo de los famosos hermanos Grimm, no guardaba ninguna relación con ellos.

9 Johann Peter Lyser fue uno de los varios seudónimos empleados por el escritor, músico, pintor, dibujante y crítico Ludewig Peter August Burmeister (1804-1870). Benjamin lo menciona reiteradamente en varios de sus escritos, entre ellos en *Viejos libros infantiles* (1924) y *Panorama del libro infantil* (1926).

10 *Lina's Märchenbuch* [El libro de los cuentos de hadas de Lina], editado probablemente en 1837.

logo, el libro mismo debe hablarle, o posiblemente sus dueños anteriores si es que el origen del ejemplar ha sido establecido. Un hombre que participe en una subasta debe prestar igual atención al libro y a sus competidores, además de mantener la cabeza fría para evitar dejarse llevar por la competencia. Es un hecho frecuente que alguien resulte comprometido en una costosa transacción solo por haber seguido subiendo el valor de sus ofertas, más para afirmarse a sí mismo que para adquirir el libro. Por otra parte, uno de los mejores recuerdos de un coleccionista es el del momento en el que rescata un libro al que nunca le había dedicado ni uno solo de sus pensamientos, ni mucho menos una sola de sus miradas deseosas, solo porque él lo encontró solitario y abandonado en algún mercado y decidió comprarlo para darle su libertad —del mismo modo en que el príncipe compra una hermosa joven esclava en *Las mil y una noches*. Verán, para un coleccionista la libertad de todos los libros está en algún lugar de sus estantes.

Hasta hoy, *La Peau de chagrin*¹¹ de Balzac se destaca entre las largas filas de los volúmenes en francés de mi biblioteca, como un recuerdo monumental de mi más emocionante experiencia en una subasta. Esto sucedió en 1915 en la subasta Rümman organizada por Emil Hirsch¹², uno de los más grandes expertos en libros y de los más distinguidos comerciantes. La edición en cuestión apareció en 1838 en París, place de la Bourse. Al coger mi ejemplar, veo no solo su número en la colección Rümman, sino también la etiqueta de la librería donde el primer dueño compró el libro hace noventa años por la octava parte de su precio actual. Dice: “Papeterie I. Flanneau”. Una buena época donde era posible comprar obras magníficas como esta en un negocio de ese tipo. Porque los grabados de acero de este libro fueron diseñados por el más destacado artista gráfico francés¹³, y llevados a cabo por los más notables grabadores. Pero debo regresar ahora a la historia acerca de cómo conseguí este libro. Había ido con Emil Hirsch para una inspección anticipada de los libros, habiendo manipulado más de cuarenta o cincuenta volúmenes; ese libro en particular había despertado en mí los más ardientes deseos de quedármelo para siempre. Llegó el día de la subasta. Como el destino lo dispuso este ejemplar de *La Peau de chagrin* fue precedida por un conjunto completo de sus ilustraciones impresas separadamente en papel india. Los ofertantes estaban sentados a lo largo de una mesa; en la diagonal al frente mío se sentó el hombre que fue el centro

11 *La Peau de chagrin* [La piel de zapa]: una de las novelas más célebres de Honoré de Balzac (1799-1850), en la que una mágica pieza de cuero cumple los deseos de un hombre, a cambio de disminuirle su vitalidad física hasta ocasionarle la muerte.

12 Emil Hirsch (1866-1954) fue un famoso librero anticuario que se inició a órdenes de Jaques Rosenthal en Múnich, para luego abrir su propio negocio en la Karolinenplatz de esa misma ciudad.

13 El blog *Librairie ancienne L'amour qui bouquine-Bibliophilie – Beaux livres anciens et modernes* (<https://goo.gl/LJYWai>), menciona como diseñadores de las ilustraciones a “Baron, Janet-Lange, Gavarni, Français, Marckl” y como grabadores a “Brunellière, Nargeot, Langlois (...) Félicie Fournier (...) Janet-Lange”.

de atención de todas las miradas en la primera oferta, el famoso coleccionista de Múnich, el Barón von Simolin¹⁴. Él estaba ampliamente interesado en este conjunto de ilustraciones, pero tenía varias ofertas rivales; en breve, hubo una acalorada competencia que produjo la más alta oferta de toda la subasta — muy superior a los tres mil marcos imperiales—. Nadie parecía haber esperado semejante suma, y todos los presentes estaban muy emocionados. Emil Hirsch permaneció tranquilo, y ya sea que quisiera ahorrar tiempo, o que estuviera motivado por alguna otra consideración, prosiguió con el siguiente artículo, sin ninguna persona que le prestara realmente atención. Anunció el precio, y con mi corazón palpitando acelerado y la fuerte convicción de mi incapacidad para competir contra cualquiera de esos grandes coleccionistas ofrecí una suma algo mayor. Sin despertar el interés de los demás participantes, el anfitrión siguió la rutina de costumbre —“¿Alguien da más?” y los tres golpes de su mazo, con una eternidad que pareció separar a cada uno del siguiente— y procedió a añadir el recargo de subasta al precio final de la venta. Para un estudiante como yo, la suma era aún considerable. Lo que pasó la mañana siguiente en la tienda de empeño no forma parte de esta historia, y prefiero ahora hablar de otro incidente al que quisiera describir como lo negativo de una subasta. Sucedió el año pasado en una subasta de Berlín. La colección de libros ofrecidos era una miscelánea en cuanto a la calidad y a los temas, y solo un número de libros raros sobre ocultismo y filosofía natural eran dignos de notar. Ofrecí por algunos de ellos, pero cada vez me percataba de un caballero en la primera fila que parecía solo estar esperando por mis ofertas para oponerse con las suyas, evidentemente dispuesto a superarme. Después de que esto se repitió varias veces, había ya perdido cualquier esperanza de adquirir el libro que más me había interesado de ese día. Se trataba del raro *Fragmente aus dem Nachlass eines jungen Physikers*¹⁵ que Johann Wilhelm Ritter había publicado en dos volúmenes en Heidelberg en 1810. Este trabajo nunca ha sido reimpresso, pero siempre he considerado su prefacio, en el que el autor-editor cuenta la historia de su vida a la manera de una necrología para su amigo anónimo supuestamente fallecido —que es realmente idéntico a él— como el más importante ejemplo de prosa personal del romanticismo alemán. Justo cuando el ítem se mostró tuve una brillante idea. Esta resultaba simple: ya que mi oferta inevitablemente entregaría el artículo en las manos del otro hombre, no debería hacer ninguna oferta. Me controlé y permanecí en silencio. Lo que esperaba resultó: ningún interés, ninguna oferta y el libro fue retirado. Me pareció oportuno dejar pasar algunos días, y cuando aparecí en el estableci-

14 Rudolf Barón de Simolin (1885-1945), coleccionista de obras de arte y mecenas. En su colección se contaban cuadros de pintores de la talla de Cézanne, Degas, Derain, Renoir, van Gogh, Kokoschka, Liebermann, Beckmann, entre otros.

15 Fragmentos póstumos de un joven físico de Johann Wilhelm Ritter (1776-1810), científico y filósofo alemán, que destacó por sus investigaciones sobre el galvanismo, la pila voltaica y la electroquímica. Descubridor de los rayos ultravioleta en 1801.

miento después de una semana, encontré el libro en la sección de ejemplares de segunda mano y me beneficié de la falta de interés al adquirirlo.

Una vez que nos hemos aproximado a las montañas de cajas con el propósito de sacar los libros y traerlos a la luz del día —o más bien, de la noche—, ¡cuántos recuerdos surgen en uno! Nada resalta más claramente la fascinación de desempacarlos que la dificultad de detener esta actividad. Empecé al mediodía, y llegó la medianoche antes de que pudiera llegar hasta las últimas cajas. Ahora pongo mis manos sobre dos volúmenes encuadernados con tapas descoloridas que, estrictamente hablando, no deberían estar en un cajón de libros: dos álbumes con cromos que mi madre había pegado de niña y que yo he heredado. Son las semillas de una colección de libros para niños que siguen creciendo aún hoy, aunque ya no en mi jardín¹⁶. No existe una biblioteca que no contenga un número de creaciones poco comunes parecidas a un libro. No es necesario que sean álbumes de cromos o familiares, libros de autógrafos, pandectas o textos edificantes; algunas personas se sienten ligadas a volantes y prospectos, otros a facsímiles de manuscritos o a copias tipografiadas de libros imposibles de conseguir; y por supuesto las publicaciones periódicas pueden formar los bordes prismáticos de una biblioteca. Pero regresando a aquellos álbumes: actualmente la herencia es la forma más consistente de adquirir una colección. Puesto que la actitud de un coleccionista hacia sus posesiones se deriva de un sentimiento propio de responsabilidad hacia su propiedad. Esta es, en el más alto sentido, la actitud de un heredero, y el rasgo más distintivo de una colección siempre será su heredabilidad. Deberán saber que al decir esto me doy cuenta plenamente de que mi discusión del clima mental del coleccionar reafirmará en cualquiera de ustedes sus convicciones acerca de que esta pasión, desde el principio de los tiempos, produce desconfianza hacia el personaje del coleccionista. Nada está más alejado de mis propósitos que el cuestionar las convicciones o desconfianzas de ustedes. Pero debe notarse una cosa: el fenómeno de coleccionar pierde su significado cuando pierde a su propietario. Aun cuando las colecciones públicas pueden ser menos objetables socialmente y más útiles académicamente que las colecciones privadas, los objetos adquieren su valor solo en estas últimas. Sé que el tiempo se acaba para el personaje acerca del que discuto aquí, y que he representado para ustedes, un poco *ex officio*. Pero, como lo dijo Hegel, solo cuando llega la oscuridad, la lechuza de Minerva alza su vuelo. Solo en su extinción es comprendido el coleccionista.

Ahora estoy en la última caja a medio vaciar y hace tiempo ha pasado ya la medianoche. Otros pensamientos me ocupan, diferentes de aquellos de los que hablo aquí —no pensamientos, sino imágenes, recuerdos—. Recuerdos de las ciudades en las que encontré tantas cosas: Riga, Nápoles, Múnich, Dan-

16 Benjamin alude con seguridad a la colección de libros infantiles que pasó a propiedad de su exesposa luego de su divorcio en 1930.

zig, Moscú, Florencia, Basilea, París; recuerdos de los suntuosos salones de Rosenthal¹⁷ en Múnich; del Stockturm¹⁸ en Danzig, donde el difunto Hans Rhaue¹⁹ residía; del húmedo sótano de libros de Süssengut al norte de Berlín; recuerdos de los cuartos en los que estos libros han sido alojados, de mi cuartucho de estudiante en Múnich, de mi habitación en Berna, de la soledad de Iseltwald en el lago de Brienz, y finalmente de mi cuarto de infancia, la antigua ubicación de tan solo cuatro o cinco de los varios miles de volúmenes arrumados a mi alrededor. ¡Suerte del coleccionista, suerte del hombre en privado! Nadie ha sido menos querido, y nadie se ha sentido más a gusto que aquel que fue capaz de llevar su mal reputada existencia²⁰ detrás de la máscara del “Ratón de biblioteca” de Spitzweg. Porque en su interior hay espíritus, o por lo menos geniecillos, que se encargan de que para el coleccionista —y me refero a un verdadero coleccionista, a un coleccionista como debe ser— la propiedad sea la relación más íntima que pueda tener con los objetos. No es que estos cobren vida en él; él es quien vive en ellos. Así que he levantado una de sus moradas, con libros como bloques de construcción, ante ustedes, y ahora el coleccionista desaparecerá en ella, como es pertinente.

17 Se refiere al edificio de la librería anticuaria de Jacques Rosenthal (1854-1937), ubicada en la Brienner Strasse en Múnich. Construido entre 1909-1911, llegó a ser uno de los edificios más representativos de la ciudad. Destruído por los bombardeos de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, fue luego reconstruido.

18 El Stockturm und Peinkammer (Torre de la prisión y Casa de la tortura; Wieża Więzienna i Katownia en polaco) es un complejo edificado a mediados del siglo xiv como parte de las fortificaciones que rodeaban la entonces ciudad alemana de Danzig (actual Gdansk en Polonia).

19 Hans Rhaue, autor de *Das Exlibris. Ein Handbuch zum Nachschlagen* [Exlibris: un manual de referencia], editado en Zürich en 1918, y del folleto *Der Stockturm in Danzig* [El Stockturm en Danzig], publicado en esa ciudad en 1923 y 1924.

20 Al respecto, Anatole France escribió: “La afición a los libros es una afición laudable. Nos hemos burlado de los bibliófilos y después de todo quizá se presten a burla: es el caso de todos los enamorados. Pero sería preferible envidiarlos, puesto que han llenado su vida de larga y apacible voluptuosidad” (*El jardín de Epicuro*. Buenos Aires: Biblioteca Las Grandes Obras. Sin año de edición. p. 57).

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO VI^{**}
DE LA PRIMERA PARTE

*Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron
en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.*

Miguel de Cervantes Saavedra



El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha
Talleres de Tipografía y Grabados "El Mundo". 1900

** Tomado de la edición de 1998 de *Don Quijote de la Mancha* publicada por el Instituto Cervantes y la editorial Crítica (dirección de Francisco Rico, con la colaboración de Joaquín Forradellas). Este capítulo se presenta con una selección de las notas a pie de página.

El cual aún todavía dormía. Pidió¹ las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos² de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volviöse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo³, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo⁴.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio y hacer un rimer⁵ dellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá⁶ el humo.

1 El sujeto es *el cura, el licenciado*. La frase enlaza con las últimas del capítulo precedente: es uno de los indicios de que los epígrafes de los capítulos se pusieron cuando el texto estaba ya escrito.

2 ‘Volúmenes’.

3 ‘Un cuenco de agua bendita y un manojo de ramas o utensilio para esparcirla (hisopo)’.

4 ‘En castigo de las penas que han de sufrir cuando dejen el mundo y vuelvan al infierno’.

5 ‘Un montón’.

6 ‘No molestará’.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello⁷ sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor —dijo el barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

—Es —dijo el barbero— *Las sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad —dijo el cura— que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Este que viene —dijo el barbero— es *Amadís de Grecia*, y aun todos los de este lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—, que a truco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues así es —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.

7 'No se avino a ello'.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Quién es ese tonel? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro —dijo el cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir que este irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* —dijo el barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento⁸ y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.

—Que me place, señor mío —respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir* —dijo el barbero.

—Antiguo libro es ese —dijo el cura—, y no hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abriose otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

—Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir “tras la cruz está el diablo”. Vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Este es *Espejo de caballerías*.

—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín⁹, y en verdad que estoy por

8 Su madre fue auxiliada por una mujer salvaje cuando dio a luz al caballero en un monte.

9 Uno de los Doce Pares y consejero de Carlomagno, a quien se atribuyó una crónica novelesca titulada *Historia Caroli magni et Rotholandi*; de ahí la ironía de verdadero historiador.

condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza¹⁰.

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—, mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiéades —respondió el cura—; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia¹¹ se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos, exceptuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro llamado *Roncesvalles*; que estos, en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y de ellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*; lo cual visto por el licenciado, dijo:

—Esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden de ella las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero¹². Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata¹³, perezcan.

10 'Lo tendré por excelente'; como muestra de acatamiento, se colocaban sobre la cabeza las órdenes del rey y las bulas papales.

11 'Que tratan de las historias caballerescas del ciclo carolingio'.

12 Era leyenda de la Antigüedad que Alejandro guardaba en una caja una copia de *La Iliada* corregida por el propio Aristóteles y que procedería del botín de guerra (despojos) capturado al rey persa Darío iii.

13 'Sin hacer más averiguaciones'.

—No, señor compadre —replicó el barbero—, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.

—Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino¹⁴, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer a ninguno.

—Que me place —respondió el barbero.

Y, sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela¹⁵, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válame Dios —dijo el cura, dando una gran voz—, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras¹⁶ por todos los días de su vida. Llevadle a casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.

—Así será —respondió el barbero—, pero ¿qué haremos de estos pequeños libros que quedan?

—Estos —dijo el cura— no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

14 'Un plazo de tiempo muy largo'.

15 'Tejer una tela'; pero también, en germanía, 'hacer el amor'.

16 'Lo condenaran a remar en las galeras' o, menos probable, 'imprimir un libro'. Son dudosos tanto el sentido del pasaje como el dictamen final del cura sobre el *Tirante*.

Y abriendo uno vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerisca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada¹⁷, y casi todos los versos mayores¹⁸, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue —dijo el barbero— es *La Diana* llamada *segunda* del Salmantino; y este, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero abriendo otro— *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí —dijo el cura— que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que, por su camino¹⁹, es el mejor y el más único de cuantos de este género han salido a la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja²⁰ de Florencia.

17 Cervantes critica el final de la novela, el filtro mágico (agua encantada) de la *sabia* ('maga') con el que Felicia resuelve artificiosamente todos los conflictos entre las parejas de enamorados

18 Versos de métrica italiana, es decir, heptasílabos y endecasílabos.

19 'En su estilo, su forma literaria'.

20 'De lana fina'.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura—, sino entregarlos al brazo seglar del ama²¹, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El pastor de Filida*.

—No es ese pastor —dijo el cura—, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula —dijo el barbero— *Tesoro de varias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas —dijo el cura—, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es —siguió el barbero— el *Cancionero* de López Maldonado.

—También el autor de ese libro —replicó el cura— es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

21 El *brazo seglar* o ‘secular’ es la justicia civil, que ejecutaba la sentencia de la Inquisición. En el capítulo anterior se había hecho una mención de los “descomulgados libros... que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes” (i, 5, p. 59); ahora se remedan jocosamente los autos de fe y otros usos inquisitoriales, en particular los expurgos de bibliotecas y las quemas de libros en que tantas veces desembocaban.

—Que me place —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos esos tres libros —dijo el cura— son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansose el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada²², quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

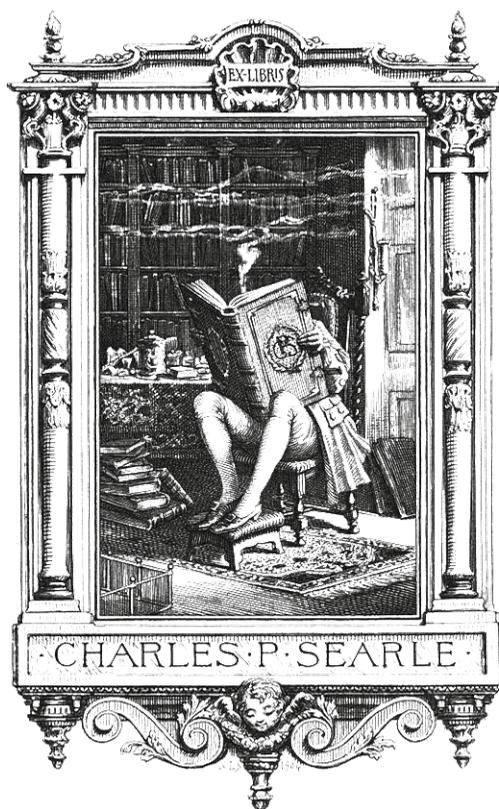
—Lloráralas yo —dijo el cura en oyendo el nombre— si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

22 'De una sola vez, sin verlos'.

APÉNDICE

DE LA BIBLIOTECA COMO CAPRICHOS

(fragmentos en torno
a los reinos de papel)



Exlibris de Charles P. Searle (1904).
Grabado de Sidney Lawton Smith (1845-1929).

A continuación, se exponen los fragmentos de cuatro obras, cuyos autores en algún punto de su estudio centraron su discurso alrededor de una biblioteca. Esta selección de textos ha sido hecha con el fin de dar luz a quienes estén interesados en ampliar un poco más su conocimiento sobre el tema.

La biblioteca como escuela básica

[Tomado de *Juan de la Cruz Varela Sociedad y política en la región del Sumapaz* (1902-1984), de Rocío Londoño Botero, 2011]

Todo indica que fue en los años treinta y cuarenta cuando conformó su primera biblioteca con libros que compraba y que le regalaban. Vivía entonces en Icononzo y ya era uno de los líderes de la Sociedad Agrícola de la Colonia del Sumapaz. De esta biblioteca, uno de sus mayores orgullos, Varela recuerda especialmente algunas obras clásicas. De los “libros católicos” menciona, además de *El genio del cristianismo* de Chateaubriand, *La vida de Jesús* de Renan, *Del ente y la esencia del catolicismo* de Santo Tomás, *Mis confesiones* de San Agustín y *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Entre las obras clásicas y las “lecturas propiamente políticas” incluye *Los miserables* de Víctor Hugo, *La divina comedia* de Dante, *Doloras y poemas* de Ramón de Campoamor, *El contrato social* de Rousseau y *El espíritu de las leyes* de Montesquieu. Esta breve enumeración ilustra bastante bien las fuentes primordiales de su cultura autodidacta. De un lado, lecturas del repertorio católico y conservador, y de otro, lecturas del repertorio liberal. Sabemos muy poco acerca de cómo adquirió estos libros, pero, según dijo, por ochenta centavos le compró a un amigo “la *Biblia* de los adventistas, que era una *Biblia* completa porque contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento”, *Biblia* que un cura trató de quitarle para que no la leyera. Comenta que, cuando se “volvió muy amigo de la poesía” adquirió “*las Doloras y poemas* de Campoamor”. Si bien no dice cómo llegaron a sus manos los demás libros, es muy probable que haya sido por dos conductos. En el caso de los libros católicos, el medio más viable es, por supuesto, los párrocos de Sumapaz, con quienes solía tener conversaciones y discusiones religiosas y políticas. Cabe suponer que, con estos obsequios, los padres trataban de

mantener a Varela dentro del catolicismo oficial y limar asperezas políticas. Tal vez fue algún político quien le recomendó o regaló el libro de Chateaubriand, muy leído en Colombia por conservadores y liberales. En cuanto a los libros de Renan, Rousseau y Montesquieu, que también forman parte del repertorio de lecturas de los colombianos ilustrados, sus consejeros debieron ser, o bien políticos liberales con quienes tenía trato, o bien el socialista Erasmo Valencia, que para entonces era su faro ideológico y político.

De la primera biblioteca de Varela no quedó rastro alguno. En 1949 o 1950, al comenzar la violencia entre conservadores y liberales, alguien le prendió fuego a su casa de Balconcitos, perdiendo todos los libros que había adquirido hasta entonces. Sin embargo, gracias a su hijo Juan de Dios, entonces de nueve años, conocemos detalles de esa biblioteca. De los cinco cuartos de la casa, uno estaba destinado a los libros y documentos de las corporaciones públicas a las que Varela pertenecía; su hijo calcula que había cerca de quinientos libros, dato que parece exagerado, y recuerda sobre todo las biblias “porque tenían mapas de colores”, unos libros de plantas “como el de Roque Casas que tenía la foto de un árbol altísimo que se llamaba zancona” y los textos ilustrados de mitología griega.

Así, todo hace pensar que, entre los dieciocho y cincuenta años de edad, Varela leyó libros de religión y teología; algunos textos clásicos de filosofía política; otros de mitología griega, de magia y de plantas medicinales, y unas pocas, pero significativas, obras literarias. Agreguemos un dato que da fe de su liberalismo: varios libros de su primera biblioteca estaban prohibidos por la Iglesia católica, a saber: *La vida de Jesús*, *Los miserables*, *El contrato social*, *El espíritu de las leyes* y los libros de Alberto el Grande (o Magno), seudónimo de un autor del siglo xvii, cuyos consejos *mágicos*, como se pudo ver, él apreciaba sobremanera.

La biblioteca como el patio de la casa

[Tomado de *Vista desde una acera*, de Fernando Molano, 2012.]

Lo hallé en un lugar increíble que una vez, haciendo mandados por La Candelaria, me había mostrado mi hermano: “Esa es la Luis Ángel Arango”, me dijo; y por el coscorrón que me puso no escuché algo más que añadió a la frase; pero me quedó muy claro que era algo así como una biblioteca que tenía libros. Ahora no puedo decir nada de ese lugar: necesitaría una oda hermosa, y no sabría cómo escribirla.

En fin, lo más bonito que tiene ser estudiante es faltar a clase, ustedes saben. Y esa mañana lo hice, como casi todas. Yo odiaba mi colegio (ese donde me tiré mi primer año y todo el mundo se enojó conmigo). Lo único bueno

que tenía estaba fuera de él, o sea, en el lugar en que se hallaba: justamente, al lado del barrio La Candelaria, que es el sector más antiguo y cultural, y subido de intelectualidad y esas cosas, que tiene Bogotá; lleno de universidades y museos y, sobre todo, de iglesias viejas, que eran lo que me gustaba más, etcétera. Ese día yo andaba muy melancólico y muy en mi papel de protagonista de la desgracia, y porque sí me fui a la Luis Ángel y pedí ese volumen de Dickens que les digo. No sé si fue porque traía mucho impulso de las ganas de leerlo, o por qué, pero el caso es que fui pasando de una página a otra como se pasa de un tobogán al columpio y del columpio al balancín y del balancín a la rueda loca, y todo así: como si nada. Pero cuando llegué al final del capítulo VII, quedé congelado sobre la página. Casi no lo creía: allí Oliver se dio un beso con otro niño, con su mejor amigo, Dick. Y se abrazaron.

La biblioteca como laboratorio de ciencia

[Tomado de *Cosmos*, de Carl Sagan, 1980.]

Pero la maravilla mayor de Alejandría era su biblioteca y su correspondiente museo (en sentido literal, una institución dedicada a las especialidades de las Nueve Musas). De esta biblioteca legendaria lo máximo que sobrevive hoy en día es un sótano húmedo y olvidado del Serapeo, el anexo de la biblioteca, primitivamente un templo que fue reconsagrado al conocimiento. Unos pocos estantes enmohecidos pueden ser sus únicos restos físicos. Sin embargo, este lugar fue en su época el cerebro y la gloria de la mayor ciudad del planeta, el primer auténtico instituto de investigación de la historia del mundo. Los eruditos de la biblioteca estudiaban el Cosmos entero. *Cosmos* es una palabra griega que significa el orden del universo. Es en cierto modo lo opuesto a *Caos*. Presupone el carácter profundamente interrelacionado de todas las cosas. Inspira admiración ante la intrincada y sutil construcción del universo. Había en la biblioteca una comunidad de eruditos que exploraban la física, la literatura, la medicina, la astronomía, la geografía, la filosofía, las matemáticas, la biología y la ingeniería. La ciencia y la erudición habían llegado a su edad adulta. El genio florecía en aquellas salas. La Biblioteca de Alejandría es el lugar donde los hombres reunieron por primera vez de modo serio y sistemático el conocimiento del mundo. Y entre estos grandes hombres hubo una gran mujer, Hipatia, matemática y astrónoma, la última lumbrera de la biblioteca, cuyo martirio estuvo ligado a la destrucción de la biblioteca siete siglos después de su fundación, historia a la cual volveremos.

Los reyes griegos de Egipto que sucedieron a Alejandro tenían ideas muy serias sobre el saber. Apoyaron durante siglos la investigación y mantuvieron la biblioteca para que ofreciera un ambiente adecuado de trabajo a las mejores mentes de la época. La biblioteca constaba de diez grandes salas de investigación, cada una dedicada a un tema distinto, había fuentes y columnatas

jardines botánicos, un zoo, salas de disección, un observatorio, y una gran sala comedor donde se llevaban a cabo con toda libertad las discusiones críticas de las ideas.

El núcleo de la biblioteca era su colección de libros. Los organizadores escudriñaron todas las culturas y lenguajes del mundo. Enviaban agentes al exterior para comprar bibliotecas. Los buques de comercio que arribaban a Alejandría eran registrados por la policía, y no en busca de contrabando, sino de libros. Los rollos eran confiscados, copiados y devueltos luego a sus propietarios. Es difícil de estimar el número preciso de libros, pero parece probable que la biblioteca contuviera medio millón de volúmenes, cada uno de ellos un rollo de papiro escrito a mano. ¿Qué destino tuvieron todos estos libros? La civilización clásica que los creó acabó desintegrándose y la biblioteca fue destruida deliberadamente. Solo sobrevivió una pequeña fracción de sus obras junto con unos pocos y patéticos fragmentos dispersos. Y qué tentadores son estos restos y fragmentos. Sabemos por ejemplo que en los estantes de la biblioteca había una obra del astrónomo Aristarco de Samos quien sostenía que la Tierra es uno de los planetas, que orbita el Sol como ellos, y que las estrellas están a una enorme distancia de nosotros. Cada una de estas conclusiones es totalmente correcta, pero tuvimos que esperar casi dos mil años para redescubrirlas. Si multiplicamos por cien mil nuestra sensación de privación por la pérdida de esta obra de Aristarco empezaremos a apreciar la grandeza de los logros de la civilización clásica y la tragedia de su destrucción.

La biblioteca como enemigo

[Tomado de *De biblioteca*, conferencia ofrecida por Umberto Eco en la Biblioteca Comunale de Milán, en la conmemoración de los 25 años de su sede actual en Palazzo Sarmani, en marzo de 1981.]

Frente a esta pluralidad de fines de una biblioteca, ahora me permito elaborar un modelo negativo, en 21 puntos, de mala biblioteca. Naturalmente, se trata de un modelo tan ficticio como el de la biblioteca poligonal [de Borges]. Pero, como en todos los modelos ficticios, que al igual que las caricaturas nacen de la adición de cervices equinas a cuerpos humanos con colas de sirenas y escamas de serpiente, creo que cada uno de nosotros puede reconocer en este modelo negativo los recuerdos lejanos de sus propias aventuras en las más diversas bibliotecas de nuestro país y de otros países. Una buena biblioteca, en el sentido de una mala biblioteca (es decir, un buen ejemplo del modelo negativo que trato de realizar) debe ser ante todo un inmenso *cauchemar*, debe ser totalmente opresiva y, en este sentido, la descripción de Borges es suficiente.

- a) Los catálogos deben estar divididos al máximo: hay que poner mucho cuidado en separar el de los libros del de las revistas, y este del de temas, así como los libros de reciente adquisición de los libros de adquisición anterior. En lo posible, la ortografía debe ser diferente en los dos catálogos (adquisiciones recientes y antiguas); por ejemplo, en las adquisiciones recientes retórica estará escrita con r y en las antiguas con rh; Chaikovski en las adquisiciones recientes con Ch, mientras que, en las antiguas, a la francesa, con Tch.
- b) La clasificación por temas debe ser establecida por el bibliotecario. Los libros no deben llevar en el colofón, como suelen hacerlo según una pésima costumbre los volúmenes americanos, indicación alguna acerca de los temas bajo los cuales deben ser clasificados.
- c) Las siglas deben ser imposibles de transcribir, ojalá muy numerosas, de modo que cualquier persona que llene la papeleta nunca tenga suficiente espacio para colocar la última denominación y la considere irrelevante, así que el empleado se la devuelva luego para llenarla de nuevo.
- d) El tiempo transcurrido entre solicitud y entrega debe ser muy largo.
- e) No se debe entregar más de un libro a la vez.
- f) Los libros entregados por el empleado, solicitados mediante papeleta, no pueden ser llevados a la sala de referencia, es decir, hay que dividir la propia vida en dos aspectos fundamentales, uno para la lectura, y otro para la consulta; esto es, la biblioteca debe desalentar la lectura cruzada de varios libros porque causa estrabismo.
- g) En lo posible que no haya absolutamente ninguna máquina fotocopiadora; sin embargo, de existir una, el acceso a ella debe ser muy demorado y penoso, el gasto superior al de librería, la reproducción limitadas a dos o tres páginas solamente.
- h) El bibliotecario debe considerar al lector un enemigo, un haragán (de no ser así estaría trabajando), un ladrón en potencia.
- i) Casi todo el personal debe sufrir de limitaciones físicas. Estoy tocando un punto muy delicado sobre el cual no quiero ironizar. Es función de la sociedad ofrecer posibilidades y oportunidades a todos los ciudadanos, inclusive a los que no están en la plenitud de la edad o de sus condiciones físicas. Sin embargo, la sociedad admite que, por ejemplo, los bomberos sean sometidos a una particular selección. Existen bibliotecas de universidades americanas en las que la máxima atención está dirigida a

los usuarios físicamente impedidos: planos inclinados, baños especiales, hasta el punto de hacer peligrosa la vida para los demás, que resbalan sobre los planos inclinados. Sin embargo, algunos trabajos en la biblioteca requieren fuerza y destreza: trepar, soportar grandes pesos, etc.; en tanto que existen otras clases de trabajos que pueden ser ofrecidos a todos los ciudadanos que deseen desarrollar una actividad laboral, a pesar de las limitaciones debidas a la edad o a otros factores. Con esto planteo el problema del personal de una biblioteca como algo mucho más afín al cuerpo de bomberos que al de los empleados de un banco, y esto es muy importante, como veremos a continuación.

- j) La oficina de información debe ser inalcanzable.
- k) El préstamo debe desalentarse.
- l) El préstamo interbibliotecario debe ser imposible o, de todas maneras, demorar meses; en todo caso, debe existir la imposibilidad de conocer lo que hay en las demás bibliotecas.
- m) Como consecuencia de todo esto, los hurtos deberán ser facilísimos.
- n) Los horarios deben coincidir totalmente con los de trabajo y ser discutidos previamente con los sindicatos: cierre total el sábado, el domingo, por la noche y en las horas de las comidas. El peor enemigo de la biblioteca es el estudiante que trabaja; su mejor amigo es don Ferrante, alguien que posee una biblioteca propia; por lo tanto, no tiene necesidad de ir a la biblioteca y al morir la deja en herencia.
- o) Debe ser imposible conseguir de alguna manera refrescos o alimentos dentro de la biblioteca y, en todo caso, tampoco debe ser posible salir de ella a echar un bocado, sin antes haber devuelto todos los libros recibidos para tener que volver a solicitarlos después de haberse tomado un café.
- p) No debe ser posible volver a encontrar el mismo libro al día siguiente.
- q) No debe ser posible saber quién tiene prestado el libro faltante.
- r) Ojalá no haya excusados.



La preparación editorial de *Cuadernos de la Lectio n.º 7*
estuvo a cargo de la Coordinación Editorial
de la Universidad Central.

En la composición del texto se utilizaron fuentes Adobe
Garamond Pro, Calibri y Bell Gothic Std.

Se imprimió en los talleres gráficos
de Xpress Estudio Gráfico Digital, en mayo de 2018,
en la ciudad de Bogotá.

ISSN: 2422-4707



2422 4707